

## CONSECUENCIAS DE LOS "PRELIMINARES DE LA SOLEDAD"

El Tratado de La Soledad produjo buena impresión en México. Los gubernamentales —y con ellos una gran masa del partido conservador, que ante la amenaza de invasión habíase puesto a las órdenes de Juárez— creyeron conjurado el peligro y no regatearon elogios al general Doblado por su tacto y habilidad. El propio Presidente de la República pensaba haber llegado a un desenlace satisfactorio<sup>1</sup>, mientras el general Prim, íntimamente satisfecho del acuerdo, creía que iba desapareciendo —y así se lo comunicaba al ministro de Estado español— “la desconfianza que abrigaban en este país respecto de la lealtad de las instrucciones de los aliados, y creo poder asegurar a V. E. que en lo tocante a España se está operando en la opinión de los mexicanos un cambio francamente radical”<sup>2</sup>.

<sup>1</sup> El 23 de febrero de 1862 escribía a Francisco de P. Rodríguez: “Guanajuato. Mi querido amigo: Oficialmente remito a usted los preliminares que se han celebrado entre el señor ministro de Relaciones y los señores comisarios de las potencias aliadas. Como verá usted, se salva la independencia y soberanía de la nación, así como nuestras actuales instituciones, y por eso no he vacilado en aprobarlos. Creo que es lo mejor que podíamos conseguir atendiendo a nuestras actuales circunstancias. La reacción queda definitivamente desahuciada, pues ya no habrá intervención en nuestra política, que era su esperanza de vida. Me apresuro a comunicar a V. por extraordinario este suceso, pues deseo que esté al tanto de lo que ocurre en este negocio. Soy de Ud. amigo y affmo. y s. s., q. b. s. m., Benito Juárez.”

<sup>2</sup> Informe de Prim a Calderón Collantes. Veracruz, 17 de febrero de 1862.



Mientras tanto se ponían en práctica algunos de los acuerdos: las fuerzas españolas se dirigieron a Córdoba y a Orizaba y las francesas a Tehuacán. Las inglesas debían también ir a Córdoba, y así lo expresaba Prim al ministro de Estado —“el comodoro Dunlop con sus tropas saldrá de Veracruz dentro de tres o cuatro días”—, pero se recibieron órdenes de que los soldados de la Gran Bretaña no abandonasen las posiciones de la costa. La resolución se debió, principalmente, al conocimiento de que estaban prontos a desembarcar en Veracruz, al mando del general conde de Lorencez, nuevos contingentes de tropas francesas que se habían organizado en Francia al tener Napoleón III conocimiento del proceder de las tropas que salieron de Cuba con los jefes Gutiérrez de Rubalcava y Gasset<sup>1</sup>.

El mismo Prim no dejaba de sentirse alarmado: adivinaba las intenciones de Francia y pensaba, además, que no era conveniente para el buen nombre de España que las fuerzas imperiales superasen en número a las que él mandaba, no sólo por los vínculos que los españoles tenían en México, sino por haber tomado España —como él mismo afirmaba— “la iniciativa de esta importante empresa”.

Prim, de acuerdo con los Preliminares de La Soledad, entró el 9 de marzo en Orizaba con tres batallones de infantería, el escuadrón de caballería y la batería rodada, después de haber dejado a su paso por Córdoba la primera brigada de esta división al mando del brigadier Carlos Vargas. El recibimiento frío que a las tropas españolas hicieron estas dos poblaciones, hablaba muy elocuentemente del recelo y temor con que eran vistas por los mexicanos, humillados ante la presencia de unos extranjeros que podían convertirse de un momento a otro en mor-

<sup>1</sup> Véase nota en las págs. 199-200.

tales enemigos. “La curiosidad” —como decía Prim— había hecho que se llenaran de espectadores las calles, rejas y balcones; pero no había en aquella multitud ni un solo sentimiento favorable y no debieron escapar al general la expresión de los ojos, los puños cerrados, los rostros graves, que delataban el ánimo de muchos hombres.

El gobierno de México había contribuido sin duda a este recelo. Ante la posible eventualidad de que se rompieran los acuerdos —cosa que equivalía a la lucha—, había declarado en estado de guerra las poblaciones de Puebla, San Luis, Querétaro, Tamaulipas, Jalisco y Colima, entregando el mando del ejército de Oriente al general Ignacio Zaragoza e imponiendo, por medio de un decreto, la pena de muerte<sup>1</sup> a todos los que atentasen contra la independencia y seguridad de México.

Para las tropas expedicionarias resultó un gran alivio poner en práctica algunos de los acuerdos de La Soledad, especialmente el de poder internarse en el país, que sin duda influyó en la determinación de Jurien de la Gravière de firmar los Preliminares, a pesar de las desventajas que a los designios franceses representaban su totalidad. “La historia de la campaña de México —escribía un testigo de los sucesos— no presenta ningún episodio comparable a estas primeras etapas. Muchas veces ejecutaron las tropas, en las tierras calientes, marchas más fatigosas y, sobre todo, más largas; no se podrían atribuir los accidentes que sobrevinieron a otra causa que a la inexperiencia de los oficiales y soldados, de ninguna manera preparados por su educación anterior, a las fatigas de una campaña de esta naturaleza. Es que no se puede sin inconvenientes y a menudo sin peligro, cambiar la especialidad de cada tropa: el valor moral no lo suple todo; así es que más habría valido dejar los soldados de marina en las colonias,

<sup>1</sup> Expedido el 25 de enero de 1862.



a los marinos a bordo de sus buques y enviar a México una pequeña brigada de antiguas tropas aguerridas en una permanencia en África. Ochenta enfermos y doscientos soldados incapaces de marchar, se quedaron en La Soledad, y en cuatro días la columna no había andado más que ocho leguas. ¿Qué habría sucedido si el enemigo hubiera querido impedirles el paso, y si las guerrillas hubieran venido a acribillar a aquellos soldados agotados por el cansancio y la fiebre?"

A las fuerzas españolas les sucedía algo parecido: "sobre un ejército de 6,000 hombres no tenían más que 4,000 en estado de combatir"<sup>1</sup>. Por esto Prim, con sensatez y demostrando sobre todo gran sentido de responsabilidad, no quería de momento, y por su iniciativa, aumentar el contingente de fuerzas. ¿A qué más soldados si el convenio de La Soledad parecía asegurar la paz? Tanto lo creía Prim así que el 26 de febrero ordenaba el regreso a La Habana de dos batallones de infantería de marina que había mandado el general Serrano como refuerzo. La división española quedaba reducida al número original, sin que al perecer esto preocupara mucho a Prim, que escribía al ministro de Estado: "Las fuerzas extranjeras aquí existentes bastan para dar cima a cualquier operación que tengamos que emprender"<sup>2</sup>. En esto no era sincero, ya que de otro modo no se explica este párrafo de una carta que escribió al embajador de Francia en Madrid: "Los cañones estaban sin mulas para arrastrarlos, ni mulas ni carros para llevar las provisiones, ni carros ni mulas para las municiones, ni caballos para los jefes ni medios para llevar las ambulancias". Lo que sí le

<sup>1</sup> José María VIGIL: *México a través de los siglos*. Vol. V. La Reforma. Barcelona-México. —Por su parte, el general Prim confesaba al conde Barrot, embajador de Francia en Madrid, haber tenido "1,500 bajas".

<sup>2</sup> Informe fechado en Veracruz el 27 de febrero de 1862.

molestaba era la noticia de nuevos refuerzos franceses, aunque en verdad —como ya se ha señalado— la molestia nacía del concepto español de supremacía.

Mientras Prim iba camino de Orizaba, desembarcó en Veracruz el general conde de Lorencez con su Estado Mayor. Fué el día 6 de marzo, un día claro y transparente, como escribía en sus recuerdos el príncipe Bibesco: "ni una arruga en este espejo azulado, ni un soplo en el aire; la fragata corría a todo vapor, y pronto la ciudad nos apareció en el horizonte como la tierra prometida..."<sup>1</sup> En realidad la tierra prometida iba a ser tierra de sacrificio y de dolor, de angustias y de muerte para los soldados, de desprestigio para Napoleón III, demasiado confiado y torpe en su visión de América. Lorencez, que pensaba ir directamente a la capital, se encontró detenido en sus propósitos bélicos por los acuerdos de La Soledad que, naturalmente, desconocía. Estaba tan sorprendido que el mismo día de su llegada escribía al ministro de la Guerra de Francia: "Han pasado y pasan aquí cosas extrañas de que ahora se informa al emperador. De fácil que era, la situación se ha vuelto complicada y difícil..."

Con Lorencez desembarcaron cuatro mil cuatrocientos sesenta y cuatro hombres, con los materiales y equipos adecuados de que hasta entonces habían carecido los tres ejércitos aliados. El desembarco vino a agravar la situación, pues despertó el recelo del gabinete mexicano que no podía comprender que tales refuerzos llegasen a México en misión pacífica. Y el ambiente que se creó hizo lo demás: las tropas recién llegadas traían periódicos franceses en los que se hablaba sin reserva del establecimiento de la monarquía en México y se anunciaba ya al archiduque Maximiliano como candidato único.

<sup>1</sup> *Combats et retraite des six mille*. París 1887, cap. II.



Prim comprendió en seguida que iban a sobrevenir dificultades graves, no sólo entre el gobierno de México y los plenipotenciarios extranjeros, sino entre España, Francia e Inglaterra. Alarmado ante tantos inconvenientes, y conocedor de que los planes del emperador iban a producir la ruptura entre las tres potencias —ya que sabía de antemano cuál era el pensamiento de la Gran Bretaña—, escribió al embajador de Francia en Madrid una larga carta en la que con sinceridad y obedeciendo a una necesidad dolorosa, Prim descubría al diplomático, conde de Barrot, la realidad de la situación mexicana y el que era su firme propósito: “Usted sabe lo que yo venero, respeto y quiero al emperador; como sabe usted mi fraternal amistad por los franceses; y por lo mismo comprenderá V. fácilmente cuál será mi ansiedad hasta que llegue el general que viene a mandar las tropas, a fin de saber a qué atenerme, pues si dicho general —se refiere al conde de Lorencez— trajera instrucciones terminantes de apoyar la monarquía contra viento y marea, mi posición sería amargamente penosa, pues por mi parte no podría ayudar a mi buen camarada secundando las miras del emperador que tanto me ha honrado y distinguido; y no podría porque, como he dicho, veo y toco que en este país no hay más monárquicos que los de circunstancias, y últimamente porque no puedo ponerme en abierta contradicción con lo que dijimos al país y al gobierno en la alocución y despachos firmados por los cinco comisarios”.

Seguramente esta carta, fechada el primero de marzo, no tenía otra finalidad que adelantarse, con la defensa de una posición, a la crítica —que creía segura— de los tratados de La Soledad. Con ella pensaba también informar a la corte de Francia sobre la verdad de la situación en México, ya que no dudaba de que la carta estaría a los pocos días en manos del emperador, tanto más cuanto

que autorizaba a Barrot para hacer de ella el uso que creyera conveniente.

Hay que reconocer que la previsión de Prim, la creencia ciega de que en México no resultaba viable una monarquía y menos con príncipe extranjero, era un pensamiento bastante extendido en las cortes europeas. Prim observaba las cosas de cerca y percibía el mutismo del partido conservador, la indiferencia de un pueblo que, de haber tenido ideas monárquicas, se hubiera unido a las fuerzas invasoras para proclamar a Maximiliano, como sucedió en España en 1823 con la invasión de los Cien Mil Hijos de San Luis para restaurar el absolutismo de Fernando VII. Si en aquella oportunidad los partidarios del rey neto hubieran permanecido en sus casas —y el ejemplo es del propio Prim—, el duque de Angulema hubiera tenido que repasar la frontera española, desengañado y con su ejército maltrecho; si al fin triunfó fué porque los grupos de españoles que de veras deseaban el aniquilamiento de la Constitución, se unieron a las fuerzas que mandaba y reinstauraron de nuevo, y no sin sacrificios, a Fernando VII como rey absoluto.

Por aquellos días, el embajador de Austria en Washington, Ritter Von Hülsemann, confesaba a su ministro de Estado conde Rechberg-Rothenloven, que cuando oía el nombre del archiduque como futuro emperador de México y leía en los periódicos artículos relativos al proyecto de instaurarlo en el trono, nunca se le ocurría tomar en serio tales fantasías, y le expresaba además su convicción de que Francia, Inglaterra y España, si apoyaban dicho proyecto, habían de hallarse ante dificultades enormes.

Hay que tener en cuenta —argumentaba con don profético— que si el serenísimo príncipe acepta las proposiciones que se le hacen, peligrará su reputación, porque se hallará a merced de los generales de las potencias intervencionistas. La carta, fechada el 18 de febrero de 1862,



da clara idea de la perspicacia del diplomático al advertir a su gobierno sobre los peligros de la candidatura austríaca. El gobierno había recibido por aquellos días dos informaciones desfavorables: una del conde Blome, embajador austríaco en Hamburgo, quien, a su vez, había sido aconsejado por el barón de Richthofen, embajador prusiano y buen conocedor de México, en el sentido de que resultaba quimérico intentar en aquel país, al menos por el momento, una organización constitucional<sup>1</sup>; y otra del conde de Creveli, quien informaba desde Madrid a Rechberg que O'Donnell no comprendía cómo el archiduque se dejaba tentar por una aventura tan arriesgada, y que él no deseaba intervenir en el asunto.

En Inglaterra, donde ya comenzaba a interesar la cuestión mexicana, se hablaba también de impremeditación y se aconsejaba prudencia. Este deseo de prudencia provenía principalmente de la marcha de los acontecimientos norteamericanos: las esperanzas de un éxito de los Estados del Sur en la Guerra de Secesión iban desvaneciéndose. Después de la convención de Londres, los ejércitos del Norte se habían anotado grandes victorias, especialmente la que representaba la toma de los fuertes confederados en Tennessee —enero de 1862—, que hacía prever el desenlace de la contienda. No faltaban muchos días para que Seward, ministro de Relaciones de la Unión Norteamericana, sin ninguna reserva, con el lenguaje que da el convencimiento de la victoria próxima, expresara al ministro prusiano en Washington, que “el establecimiento de una monarquía en México tendría graves consecuencias, y que, sin duda, más tarde o más temprano, provocaría serios conflictos entre las potencias

<sup>1</sup> Carta del conde Blome al conde de Rechberg. Hamburgo, 15 de febrero de 1862.

que participasen en el asunto y Estados Unidos”<sup>1</sup>. No es de extrañar, pues, que Inglaterra pensara retirarse de la empresa mexicana en la primera oportunidad que se presentase, ni que Lord Russell expresara su desprecio para los emigrados mexicanos que intrigaban a favor de la candidatura de Maximiliano y pensaban colocarlo en el trono con la ayuda de las bayonetas extranjeras<sup>2</sup>. El mismo rey de los belgas, el suegro de Maximiliano, que era en aquel momento huésped de la Gran Bretaña, no supo alentar convenientemente a sus hijos. Es cierto que de una manera vaga e imprecisa demostraba una “cierta predisposición favorable”, pero también es cierto que aseguró que no podía esperarse de él ayuda económica alguna.

A pesar de todo, Napoleón, Eugenia y Maximiliano dejábanse engañar, y se engañaban ellos mismos, queriendo ver tan sólo los aspectos favorables de la empresa. La correspondencia por entonces cruzada entre los emperadores y el pretendiente a la corona de México pone de manifiesto la obstinación a que habían llegado, y el hecho de comunicarse únicamente impresiones favorables, lo infantil de la ilusión de que estaban poseídos. No es que Dios les hubiese cegado: se cegaban ellos mismos a fuerza de querer considerar factible lo que deseaban.

Al conocerse en España la nota colectiva de las potencias aliadas al gobierno mexicano, todo fueron recriminaciones, especialmente para el general Prim a quien se atribuía, y con razón, la iniciativa en las resoluciones de los plenipotenciarios. Incluso el gobierno inglés demostró su inconformidad en nota de Lord Russell a Charles Lenox Wyke fechada en 25 de febrero: “He visto en los periódicos una copia o traducción de la proclama de los

<sup>1</sup> Comunicación de Seward a los embajadores norteamericanos. *Department of State*; Washington, 3 de marzo de 1862.

<sup>2</sup> *L'intervention française au Mexique*, París, 1868, pág. 57.



comisionados y generales de las potencias aliadas, fecha 10 de enero. El gobierno de S. M. no puede aprobar y en verdad desapruueba esta proclama. El gobierno de S. M. cree que el camino era muy expedito. Evacuada Veracruz por las fuerzas mexicanas, los aliados debieron enviar a México las condiciones que pedían por las injurias que se enumeran en el preámbulo de la convención. Las medidas ulteriores debían depender de la respuesta que se recibiese; pero si un campamento fuera de Veracruz o al adelantarse hacia Jalapa era necesario por razones sanitarias o militares, debió pedirse en términos que inspirasen respeto y no de un modo que estimulase la resistencia". En las últimas palabras había una clara censura para Prim, sobre quien debía tener el gobierno inglés malos informes de su embajada en París.

El propio Calderón Collantes escribía al conde de Reus que la nota del ministro Doblado era risible y que, por lo tanto, "la acción había de ser más enérgica". Por su parte, el conde de Barrot informaba a su gobierno: "El señor Calderón Collantes participa en todos los puntos de la opinión de V. E. acerca del error en que han caído los plenipotenciarios al abrir negociaciones cuyo único resultado posible es la pérdida de un tiempo precioso y la facilidad de que el gobierno de México organice medios de defensa; me ha dicho que era absurdo pedir a un gobierno, a quien se trataba como enemigo, el permiso de avanzar, estimulando a Juárez a considerarse como el gobierno legítimo reconociéndole, lo cual creaba la imposibilidad de auxiliar al pueblo mexicano para derribar a un gobierno tan odioso al país como a las potencias extranjeras, y reemplazarlo por un gobierno constituido que diese garantías, que era después de todo el fin principal que las potencias aliadas se habían propuesto. España, Francia e Inglaterra no pueden, cueste lo que cueste, abandonar una empresa para la cual han unido sus fuerzas. Deben hacer

en México lo que se han propuesto hacer allí; en lo que toca a España, está perfectamente decidida a ello".

Todo esto resulta raro y desconcertante, si es que no viene a pregonar que nadie sabía concretamente en qué forma se había de actuar en el embrollo de México. Calderón Collantes debió ser hombre débil o despreocupado, pues si es cierto que hablaba en tales términos al embajador francés en Madrid, no es menos cierto que comunicaba a Prim la aprobación que hasta el momento merecía al gobierno su proceder en México, y así lo expresaba el propio ministro de Estado ante el Congreso de los Diputados.

Desde Europa se seguía viendo la cuestión solamente con los ojos del deseo. ¿Cómo explicarse sino la idea persistente —base principal de la recriminación a los plenipotenciarios— de que el gobierno de Juárez era odiado por los mexicanos y que éstos aguardaban tan sólo el auxilio extranjero para derribarlo?

Si ésta era la reacción de los gabinetes de las potencias aliadas ante el mero hecho de haber entrado sus representantes en tratos con el gobierno de Juárez, ¿cuál no había de ser al llegar a ellos la noticia de los Preliminares de La Soledad? Prim conocía este peligro y sabía, además, que en América contaba con un adversario que no desaprovechaba ocasión para desacreditarle ni oportunidad para achacarle los males y calamidades de la empresa: el general Serrano, que seguía desde Cuba todos los incidentes de la campaña. Al mandar a Serrano lo tratado en La Soledad, con el ruego de que transmitiera al gobierno español los acuerdos, parece desafiar una crítica que cree inevitable, y querer demostrar a Serrano que le tiene sin cuidado —tan seguro está de sí mismo— el informe que junto a los Preliminares de La Soledad enviará el capitán general de Cuba a O'Donnell. Ninguna otra explicación es posible, ya que, por su parte, el propio Prim envió al